

Trilogía del Sanatorio

*Escribí estos pequeños textos en septiembre de 2014,
en el marco de una internación psiquiátrica.*

Las ensoñaciones, las locas ensoñaciones conducen a la vida.
Gaston Bachelard.

Prefacio: la simple locura de todos los días

Sin conocimiento del amor, sin gobierno político de la sociedad, sin caridad que me ampare, sin tesoro que guardar, en fin, abandonado en los muros y desolado por las calles, han decidido internarme en el sanatorio psiquiátrico.

Mi mirada velada, mis manos temblorosas y mi voz balbuceante delatan el estado psicótico en que me encuentro. Pero, ¿quién no está atado por una psicosis en esta vida moderna llena de miserias, de destinos penosos, de pesadumbres inmensas, de migajas de felicidad y, a la vez, henchida de lujos absurdos, delirantes?

Antes, mucho antes de mi estadía en el sanatorio, yo padecía la simple locura de todos los días, aquella que permite soñar y querer cuestiones inverosímiles, inexplicables, mágicas. Esa locura también posee la capacidad de amar, de ese amor complejo, intrincado, sobre el que versan los grandes poemas: el amar y el querer, y ser así amado con la furia del destino, con la velocidad de un relámpago, con el corazón valeroso y altivo. Y hablo, por tanto, de un amor sin condiciones que tienen los locos de todos los días.

La locura triste

Ofelia cae a un riachuelo —¿cae o se tira?— y en dicha muerte existe una suerte de purificación; porque el riachuelo está asociado, en la “conciencia colectiva”, a aguas claras que

corren, y al proseguir sus corrientes el ser humano se libra de todos sus pesares y cargas, hasta llegar puro al momento de la muerte. Quisiera señalar que todos llevamos una Ofelia interior; Gaston Bachelard lo nombra: *el complejo de Ofelia*. Existe en nosotros una tristeza que puede hacer enloquecer; ese sería el postulado. Es la locura triste. Pero surgen las preguntas primeras: ¿por qué la tristeza? ¿Desde dónde puede emerger una tristeza tal, que puede llevar a la sinrazón? Creo que la respuesta está en el amor.

Todo sentimiento tiene una estética, es por dicha razón que el suicidio de Ofelia es hermoso. El amor posee una estética metafórica: el sentido literal del sentimiento se troca por una serie de sensibilidades figuradas, imaginarias, fantasmáticas. Por esta condición estética del amor, la psiquis enloquece: existen demasiadas palabras, preguntas, fantasías, enunciados, emociones. Cualquier ser humano puede así enloquecer de amor.

En este escenario enloquecido, de locuras del amor y del querer, aparece o reaparece la tristeza. Una pena de amor, podría señalar alguien ingenuo. No obstante, la locura triste, aquella que nace del amor, de un amor inexplicable e inverosímil, tiene relación con el dolor del ser, con una tristeza que el ser lleva consigo desde su primera mirada al mundo. La tristeza es aquella que emerge con el nacimiento: el amor es inconmensurable, pero el desamor, el dolor y el quiebre es parte de una condición de ser.

Ahora bien, ¿es el amor o es la tristeza la causante de la locura? El amor enloquece, pero es la tristeza la que mata. La Ofelia de nuestro psiquismo, nos hace llorar largamente por amor. Llorar tanto, a veces: de las mismas lágrimas se formaría un riachuelo donde hundirse y liberarse del ser amado y del ser amante.

El rey de los locos

En el nosocomio de las afueras de la ciudad, donde la vegetación es escasa y se alza la capilla de todos los muertos de la pobreza y del pesar, de la impotencia y del desamparo, existe un grupo de locos que habitan unas chozas circulares. Ellos tienen un rey. Dicho rey todas las mañanas se pregunta: ¿hemos sido constituidos por la naturaleza, es decir, por un salvajismo primario que, de este modo, nos configuró?

Luego, cuando manda al resto de sus secuaces a recolectar frutos del bosque en el alba, él se queda solo, siente una soledad tremenda e infinita, como si su corazón fuese el único que

latiera en todo el orbe, como si sus pensamientos retumbaran en una gruta prehistórica y el eco fuera universal, cósmico, planetario.

Al final del día, cuando vuelven los otros, siente la contradicción del silencio, de guardar en secreto todo aquello que ha pensado en soledad. Entonces, pide encender una hoguera y cuenta las historias más laberínticas y exóticas. Por eso, es considerado el rey de todos los locos de las chozas del descampado. Todos creen en sus historias. Así, creen que la tierra es un gran guijarro. También creen que bajo sus pies habitan unos enanos malignos. Nunca reciben la comunión, puesto que creen que es veneno de los monjes. Les temen a las mariposas, las consideran de falsas hermosuras. Creen que el sol desaparecerá y ahí vendrá su venganza. Podría estar enumerando por *años enteros* todos los relatos que se amparan en la comunidad de los locos.

Pero, ¿quién conoce, en su mundo interior, al rey? Porque su silencio es el resabio de una herida, de una denigración. El silencio es una marca de la locura, una marca de la soledad en que viven algunos locos. Sin embargo, en las noches cuenta muchas historias y leyendas. Es el espejo opaco donde se refleja su mutismo solitario. Su locura viene de un abismo que cruzó y que ya no puede remontar: paradójicamente, una locura reflexiva, como su alma y como su ser. Nunca termina de pensar y de soñar, bajo los silencios abruptos de la lejanía y el desconsuelo.

El delirio o la proliferación de los signos

El último loco del mundo vive en el mundo de los delirios, hundido en un devenir imparable, infinito. Este devenir, ¿no será otra cosa que ese conjunto de signos que nos sigue en nuestra psiquis? ¿El universo signifiante nos acosa, nos atrae, nos combate, a un nivel psíquico y corporal, en toda superficie? Una mariposa vuela por el prado; el último loco intenta atraparla. Para él se trata de un insecto mortífero y contumaz. También, la pequeña mariposa representa para él una belleza inatendida, única; peligrosamente hermosa. Incluso, un monstruo difícil de asir en su forma no-humana, en su anormal figura.

El delirio es, por definición, una proliferación de signos en un mundo cerrado sobre sí mismo; los signos abundan y toman atajos para anidar en el habla y en la lengua, y más allá de

eso: en la imaginación esencial, en el pensamiento reflexivo, en la sensibilidad del ser. ¿Quién comprende al último delirante? Nadie en la totalidad de ese mundo autárquico.

De pronto, el último loco abre ese tesoro, entonces una exterioridad se plantea, una salida al afuera. Pero, ese exterior del delirio es desde antes otro delirio, ya que las herramientas que el loco posee para manejar el exterior están atadas a los signos, a la pesantez de *su* “paradigma”.

Un delirio, aunque fuese el último de la tierra, o el primero en ser estudiado, es básicamente la expresión de unos signos, sin embargo, la lógica de los signos, en cualquier caso, es primera, anterior, a la conciencia de los mismos. Nunca tenemos completa conciencia del uso de los signos, allí radica la importancia del código, de la codificación social. Si tan solo el loco pudiera liberarse de los signos, su delirio sería una manifestación de un código explicable, de una historia analítica, de un constructo “normal”.

La emancipación de los signos es imposible, aunque su ocurrencia sería la revolución más grande jamás contada. Pero, ¿puede el loco escapar a la búsqueda de una mariposa en el prado? Es decir, ¿el delirante podría liberarse de sus signos cerrados y sin exterior lógico? Quizá baste un solo signo, la piedra angular, la piedra de la locura: un signo que esté a la base de su autocracia simbólica. La verdad, no lo sé. ¿Y por qué habría de liberarse de un signo? Buscar mariposas en el prado, desnudo en su gesto y en su verdad, es una promesa para el ser, es *su misión* en el mundo.